

Correo de las Letras

Manos cruzadas sobre el halda

de J. M. Castillo Navarro

La última novela de J. M. Castillo, colaborador eventual de este semanario, constituye una equilibrada audacia, tanto por su tema, como por su técnica narrativa. De Castillo Navarro nos gustó ya su primer libro «La sal viste luto», que comentamos, en su día, en esta misma sección. Y aunque los comentarios que suscitó en los medios críticos fueron muy dispares, nosotros auguramos, para el novelista, toda suerte de éxitos, que fueron ampliamente confirmados, al concedérsele el Premio Ciudad de Barcelona 1957, por su novela «Con las uñas del miedo».

Hoy vemos a Castillo Navarro, más hecho, más maduro, sin haberse desviado de su primera trayectoria, fiel al eje de su estilo. Un estilo muy suyo, muy propio, hecho de palabras vivas, palpitantes, como si cada una fuese un pequeño corazón o una mano, cuyo roce sentimos como caricia o como herida. ¡Rara cualidad de la palabra escrita! Y digo rara, porque normalmente los lectores sentimos el impacto, acusamos la fuerza emotiva, de una frase entera, y en Castillo Navarro son las propias palabras aisladas tan certeras, tan cuidadosamente elegidas, las que nos sacuden.

«Manos cruzadas sobre el halda» se lee con tensión, inmersos en el clima creado por el autor; clima denso, estremecido. Atmósfera que levanta y circunda a la protagonista, que, a fuerza de no querer aceptar la muerte de su esposo, a fuerza de no querer llamar huérfano a su hijo, ve en la muerte una nueva forma de vida, y se empeña en compartirla desde el otro lado del gran río. Personaje pirandelliano que nos recordó a la madre de «La vida que te di». Pero, si en la obra de Pirandello el personaje miente vida sobre un ser muerto, en proyección exterior, Encarnación de Castillo Navarro, comulga con la misma muerte.

El absurdo empeño, forja la tragedia. Extraña tragedia que persiste más allá del desenlace de la obra, cuyo final, así, se convierte en su principio.

Los personajes secundarios que apoyan en cada momento al principal y lo realzan, recios y bien trazados, van hilvanando todas las posibles réplicas a la actitud de Encarnación. Vidas símbolos, gama de los distintos conceptos del vivir y de la muerte.

La obra es un largo diálogo, salvo cortas y esporádicas pinceladas descriptivas, entre la protagonista y los demás personajes. Diálogo, a veces, intrascendente en sí, pero al que la constante compañía de la muerte le confiere la última y la primera, la extrema trascendencia de la destinación humana. La insoslayable aventura de cruzar el puente tendido sobre el gran río de la vida. En una orilla, los vivos; en la otra, los que fueron. Y, sobre el misterio de sus aguas, consigue Cas-

Los cuentos de fin de mes

LA FLAUTA

Samuel estaba de espaldas, de forma que no resultaba violento observar todo cuanto formaba su desordenada habitación.

Se volvió hacia mí con una botella de ginebra recién abierta:

—¿Quieres...?

—¡No gracias!

A las 10 de la mañana, me pareció un poco desplazado el beber y más teniendo en cuenta que nunca había probado ginebra. Samuel como todos decían era un borrachín.

De pronto, algo llamó mi atención extraordinariamente. Colgada de la pared había una flauta plateada.

—¡Oh! exclamé.

Samuel se me quedó mirando:

—¿Qué te ocurre?

—Es preciosa esta flauta, ¿sabes tocarla?

El se levantó y cogiéndola de la pared, la apoyó sobre los larguiruchos e innumerables dedos de sus manos.

Embobado le miraba mientras él arrancaba del instrumento una canción que para mí tenía un hechizo especial,

Samuel miraba a través del balcón, como si en los rostros de los que pasaban por la calle estuvieran escritas las notas de su música, hasta que llegó un momento en que arrancó a llorar. Sus lágrimas sin embargo caían dentro de las órbitas de sus ojos, de forma que al exterior no vertía una sola gota. Paró de tocar.

—¿Te gusta verdad?... yo te enseñaré a tocarla... ya veras... cógela así.

Mientras yo intentaba sacar alguna nota al instrumento, Samuel no cesaba de explicarme cosas de su juventud. Me explicaba que aprendió a tocar aquel instrumento porque a una amiga que tuvo le gustaba también su música.

A través de sus palabras, yo buscaba el retrato que de él me habían hecho otros, y efectivamente lo encontraba. Su rostro alegre e infantil no mostraba el gesto típico del hombre preocupado y amargado por la lucha de la vida. El nunca trabajó y su única preocupación fué la de divertirse. Quizá por eso Samuel era un vicioso. Y al pensar esto, de pronto pensé: ¿Qué dirían los superiores del colegio si se enteraban de mi amistad con aquel hombre? Sí; realmente me encontraba por primera vez en la vida con eso que en el colegio llaman «una mala compañía».

Primero, ginebra, después sus histo-

rias de mujeres. ¡Debía marcharme de aquella casa!

Samuel sacó entonces una baraja y me hizo algunos juegos de manos, todas las veces adivinaba mis cartas y se me quedaba mirando como si adivinase también mis pensamientos.

Tuve miedo de que así fuese: ¿Adivinaría que quería marcharme? ¿que tenía miedo de contagiarme de sus malos vicios?

Cada vez la situación era más angustiosa, y al fin, como quien dispara un tiro, le dije:

—Tengo que irme.

Aun estuvimos charlando un rato de pie. Yo tenía la flauta en mis manos y jugaba con ella mirándola una y otra vez hasta dejarla caer sobre la cama.

Samuel con su arrogante aire de aristócrata arruinado recogió el instrumento y me dijo:

¡Te la regalo!

—¡No por Dios!, una flauta así vale mucho dinero, no puedo aceptar...

—Quédatela, y ven por aquí de vez en cuando que te enseñaré a tocarla.

Aquello me llenó de confusión. Ahora sentía haberme despedido tan pronto, me hubiera gustado quedarme mucho más rato, pero ya era demasiado tarde.

Por la calle, las baldosas pasaban veloces bajo mis pies mientras pensaba:

«Si la flauta hubiera sido mía y Samuel me la hubiera pedido, ¿Se la habría dado?»

El un hombre vago y vicioso me regalaba una cosa de tanto precio. Yo con mis 17 años recién cumplidos, tan inocente, si Samuel hubiera venido a verme a mi casa no le habría ofrecido quizás ni una copa de vino. Al contrario, lo hubiera despreciado por su mala vida, lo habría tratado como acababa de hacer ahora, mirándole como a una especie animal distinta del hombre.

Cuando en realidad, ahora me daba cuenta de que él era realmente un hombre, mientras que yo todavía no era nada. Yo jamás había probado el alcohol, ni el tabaco, ni conocí mujer, pero jamás también, fuí capaz de hacer un regalo de tanto precio a un amigo.

En medio de la calle, cogí la flauta y me puse a tocar. Era una canción preciosa aquella, una canción nueva para mí, la que me había enseñado Samuel y yo, la entonaba contento en medio de la calle, mientras el sol lanzaba sobre el instrumento un rayo de su luz.

Santiago Marsal.

tillo Navarro que se hermanen las imágenes de uños y otros, en un espejo tentador y alucinante.

L. d'Andraitx

«Manos cruzadas sobre el halda». Colección Autores Españoles Contemporáneos.— Editorial Planeta. Barcelona